

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 22 noviembre 2017**

Texto de referencia: J. Carrón, ¡Al comienzo no fue así!, supl. de Huellas-Litterae communionis, octubre 2017, pp. IX-XVI.

- *Liberazione n. 2*
- *Give me Jesus*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

Solo quien crece poco a poco en la conciencia de lo que hemos cantado en la primera canción –«No me basta esta noche / un libro, una canción / o el amor de una mujer» (C. Chieffo, «Liberazione n. 2», en *Cancionero*, Comunion y Liberación, Madrid 2004, p. 342)– puede levantarse por la mañana –«In the morning when I rise» («Give me Jesus», en *ibidem*, p. 438), cuando me levanto por la mañana– suplicando al Único que puede responder a esa espera.

«¿Qué es lo que nos hace más pobres?», pregunta una persona que no ha podido venir porque vive lejos. «Me provocó mucho la última Escuela de comunidad, porque se explicaba qué era la pobreza: “Estaba sucediendo algo en donde se imponía Su presencia. Y era esto lo que nos devolvía a todos esa actitud del niño”, es decir, esa conciencia de uno mismo como pobreza. Fue como un puñetazo en el estómago, porque esa actitud que describías yo creía que la tenía un poco por predisposición natural, como si fuese algo en cierto modo innato. En cambio, tú dices que es el acontecimiento que sucede lo que nos devuelve esta actitud». En parte es verdad: venimos al mundo así, como niños, pero con el tiempo, como vemos por experiencia, decaemos. Y por eso necesitamos que alguien vuelva a ponernos en esa actitud del niño, en esa actitud de pobreza. Y esto hace que surja la pregunta: «Me gustaría mucho entender mejor cómo sucede este “punto misterioso” de la pobreza. Te pido que profundices en ello». ¿Qué relación existe entre este acontecimiento y la pobreza?

Un día llegué a la noche muy triste y amargada por una situación especial que había sucedido en el trabajo. Con el deseo de defender los derechos de una persona y una cosa que era justa, me puse manos a la obra, busqué estrategias. Por la noche, cansada, leí en los apuntes de la Jornada de apertura de curso: «El punto de partida del cristiano es un acontecimiento. El punto de partida de los demás es una cierta impresión de las cosas» (p. IX). Para mí aquel día el acontecimiento no había sido ni siquiera el último de mis pensamientos. ¡No había existido! Esto me hizo pedir poder comprender su significado y entender por qué ni siquiera se me había ocurrido.

¿Entendéis? Esa actitud es innata, pero pueden pasar días sin que se nos pase por la cabeza, porque no nos hallamos en una actitud de pobreza. Históricamente sucede así. *¡Ese día habría querido realmente causar problemas a algunas personas! Al plantearme estas preguntas me di cuenta de esto: suceden circunstancias, incluso muy difíciles y problemáticas, en las que me encuentro abierta y disponible al Misterio, llena de una petición, con el deseo de comprender qué está surgiendo en mi vida y qué es lo que me pide; no me siento cansada para afrontarlas, no me siento abatida, más aún, me encuentro más segura de quién soy y de Quién guía mi vida, segura de que existe un bien para mí del que ya estoy participando. La diferencia en el modo de*

afrontar las circunstancias radica en que en algunas me encuentro totalmente desarmada, y la única posición posible es la petición. Soy pobre. En otras, yo ya sé qué es lo más adecuado, qué es lo que hay que hacer, y por tanto no pido, es más, ni siquiera lo pienso, hasta que sucede algo, como la lectura de la Jornada de apertura de curso, que introduce otro criterio. Haber comprendido esto ha abierto una grieta en el significado de la pobreza. He visto la relación entre pobreza y acontecimiento. Solo un alma necesitada, abierta, puede reconocer el acontecimiento que está sucediendo ahora.

Es interesante que empecemos a descubrir estas cosas que nos hemos dicho en la Jornada de apertura de curso, y no simplemente como fórmulas que repetir, sino como algo significativo para la vida. ¿Por qué? Porque afrontando las circunstancias y los desafíos de cada día –como tú dices– con esta pobreza, lo hacemos con una petición. En cambio, cuando afrontamos las mismas circunstancias sin esta apertura, como algo ya sabido, esto nos cansa. Esta apertura es fundamental porque nos ayuda a captar cuándo está sucediendo el acontecimiento y cuándo no. Tenemos unos indicadores, percibimos unos síntomas que nos indican que algo no funciona. Cuando se produce esta actitud de apertura, «me siento más segura de quién soy y de Quién guía mi vida». La cuestión es cómo se nos devuelve esta pobreza –dado que, aunque en cierto modo sea innata, la perdemos por el camino–: se nos vuelve a dar una y otra vez exactamente como te ha sucedido durante la Jornada de apertura de curso, que ha hecho entrar en ti una mirada nueva.

Con relación a este punto me ha escrito precisamente una persona desde el extranjero, contándome lo que sucede cuando uno está determinado por este acontecimiento. Esta persona ha sufrido una injusticia verdaderamente grave en el trabajo, y a una persona que trabaja con ella no se le ha escapado el modo nuevo con el que ha afrontado esa situación. De hecho le dice: «Desde que te he visto reaccionar así [una novedad que se toca, que se ve, no es algo que nos imaginamos, no la invento yo, no la genero yo con mi mirada; esa compañera no tenía con ella una relación especialmente estrecha, pero desde que la ha visto reaccionar así] no he podido quitármelo de la cabeza», aunque no entendía por qué. Hasta que, en un momento dado, se dio cuenta: lo tenía todo, «dos hijas preciosas, un buen compañero de camino, un cierto bienestar económico, salud, viajes, pero me faltaba algo», algo que la persona que le había impresionado «tenía en abundancia, para dar y tomar». Y esto es justamente lo que le había sorprendido, hasta el punto de pensar que estaba loca. Y luego se pregunta: «Pero ¿estoy loca de verdad?». Y se responde: «No». Después la amiga de la carta empezó a tener más relación con ella, la invitó a alguna asamblea de Escuela de comunidad sobre los Ejercicios, luego le regaló el cuadernillo de los Ejercicios, que leyó prácticamente en una noche, y le dijo que no había podido dejar de leer porque «cada palabra era justamente para mí». Después la invitó a la Jornada de apertura de curso, y todos estaban sorprendidos del cambio que se estaba produciendo en ella; incluso sus alumnos, además del marido y de las amigas, hasta el punto de que le preguntaban: «Pero ¿qué te está pasando?». Y otros amigos han empezado a seguirla, y también para nuestra amiga ha supuesto un nuevo inicio. ¿Qué es lo que hace tan distinta a una persona hasta el punto de perturbar (un verbo precioso que utiliza Giussani para describir en qué consiste un cambio) el ambiente hasta tal punto de que todos la miran? Y esto ha impresionado incluso a la persona que ha generado ese cambio, que escribe: «Esto me ha hecho volver a empezar desde el principio también a mí, me devuelve la sencillez del comienzo porque me contagia. Deseo estar con ella [la compañera], porque veo suceder a Cristo en su rostro, en su asombro, en su alegría; me conmueve y me contagia, y cuando me encuentro con ella vuelvo a casa cantando, literalmente, y es fácil decir “Tú”, cada vez resulta más

fácil. El otro día, en el grupo de Escuela de comunidad, entramos de un modo y salimos de otro, todos contentos. Era evidente que Cristo estaba presente allí, que sucedía allí y que nos contagiaba también a nosotros, sucedía también en nosotros porque lo estábamos viendo suceder. Basta con estar para poder verlo. Percibo que, como dices en el texto del cuadernillo [de los Ejercicios], podemos asumir una posición distinta frente a lo que sucede [atención, porque se trata de una sugerencia fundamental], como diciendo: “¡qué bien, qué bonito su comienzo!”, e inmediatamente después analizarlo, compararlo con el propio comienzo, mirando el hecho como si fuese la etapa de un proceso, en vez de mirarlo por lo que es [en vez de mirar qué está sucediendo, en vez de estar cautivados por el asombro; nosotros nos desplazamos enseguida, en lugar de identificarnos con lo que sucede y de quedarnos ahí donde sucede; por eso resulta muchas veces tan fácil olvidarse de lo que ha sucedido]. Qué difícil es [en cambio] sustraerse al contagio, si uno mira [Giussani dice: si uno fija –¡fija!– la mirada en Cristo que sucede]. Me recuerda también esa frase tan conocida para nosotros: “Buscad todo el día el rostro de los santos”, que es algo sencillísimo. ¡Al comienzo fue así! Esto es lo que quería contarte. En el fondo de mi vida hay siempre una felicidad llena de gratitud, suceda lo que suceda, porque en la relación de amor con Cristo ya lo tengo todo, pero el Señor me da la posibilidad de empezar de nuevo a partir del encuentro que ha tenido una profesora que ha salido del campo de batalla en donde me han hecho pedazos. Es algo inmenso, es sorprendente». Nosotros estamos en la realidad para ver esto; estamos «en salida» (como nos invita a hacer el papa Francisco) para ver esto. Porque somos nosotros los que ganamos a través de lo que el Señor hace suceder delante de nosotros. Es contagioso, ¿verdad?

Hola.

¿A ti quién te ha contagiado?

Mi hija. Acabo de salir de un par de años un poco duros, y ahora que parece que las cosas, las serias, están un poquito mejor, me veo afectada por una dificultad económica nunca vista. Lo que me ha dado fuerzas en este periodo para no dejar nunca de confiar en Dios y de fiarme de Él ha sido mi hija adolescente, que con las dificultades de una salud un poco frágil nunca ha dejado de poner por la noche junto a su cama su rosario fucsia, como reclamándome, como diciéndome: «Mamá, confiémosle todo a Él por la noche en nuestras oraciones». Yo no podía saber lo que el Señor le reservaba, era algo para ella. En la escuela ha conocido a los bachilleres, y gracias a algunos profesores ha experimentado el abrazo de Jesús, ha tenido un encuentro decisivo. Cuando te enamoras de Jesús pierdes la cabeza, es algo inexplicable que yo experimento y vivo como una gracia. Ahora yo también estoy empezando a ir a la Escuela de comunidad, empujada por esta espléndida adolescente que me ha dicho: «Mamá, tienes que experimentar la belleza que se vive con esta compañía». Lo que más me sorprende de todo son estas relaciones fuertes de amistad que he visto y veo con mis ojos; en realidad, es más que amistad, se trata de fraternidad, y esto me impresiona mucho. No puedo dejar de estar agradecida al movimiento por el abrazo fraterno que ha dado a mi hija y que también siento que me estrecha a mí con fuerza.

¡A veces nos lo traen directamente a casa! Basta con reconocerlo. Y sin embargo surge la pregunta: ¿se trata de un acontecimiento o es sentimentalismo? Como me preguntan a menudo: ¿cómo distinguir si se trata solo de un impacto sentimental (en cualquier caso siempre está presente en cualquier acontecimiento) o bien se trata de un acontecimiento? Una persona que no podía estar presente me escribe: «Yo solo reconozco el acontecimiento cristiano cuando veo, en cuanto que está sucediendo, los rasgos inconfundibles de Jesús, es decir, reconozco que lo que está sucediendo lo hace

posible Jesús de Nazaret, nacido de María hace dos mil años, muerto y resucitado y vivo hoy, porque [¿por qué? ¿Está vivo hoy porque lo dice ella? ¡No!] en caso contrario eso [que ve suceder] no sería humanamente posible. Y no tiene por qué ser a la fuerza algo excepcional, puede tratarse incluso de un gesto sencillo», pero la cuestión es que, por muy banal que sea, está de tal modo más allá de lo que es posible para las fuerzas humanas que manifiesta los rasgos inconfundibles de Jesús.

Quería darte las gracias por el camino que nos estás proponiendo, y quería decir en dos palabras cómo me está cambiando. Desde hace algunos años la pertenencia al movimiento ha cambiado verdaderamente el modo que tengo de mirarme. Pertenecer a la Fraternidad se está convirtiendo en el vínculo cada vez más profundo que tengo y que me libera de las imágenes, tanto mías como las que están a mi alrededor. Me estoy dando cuenta de que mi identidad pasa justamente por esa pertenencia. En la pertenencia a la Fraternidad descubro, de forma inesperada, quién soy, cómo estoy hecha. Durante años he sufrido mucho para adecuarme a las imágenes, tanto mías como de los demás, hasta que en un momento dado me encontré con alguien que hablaba de mí y lo hacía de forma proporcionada a mis deseos; y me di cuenta de que esa era yo, porque me veía descrita de forma verdadera sin tener que adecuarme a nada y sin censurar nada. En la última Escuela me provocaste mucho con el tema de la alegría, no tanto porque no la vea en mí, porque soy una persona con un temperamento vivo, generalmente estoy entusiasmada, sino porque muchas veces no hago el trabajo que tú nos indicas, es decir, el trabajo sobre el origen de esta alegría. En la última Escuela me di cuenta de que solo si hago este trabajo Jesús puede volverse familiar para mí: esto es lo que más me apremia, lo que más necesito para estar frente a lo que me sucede. Al trabajar sobre la Jornada de apertura de curso y después de la última Escuela me ha conmovido de verdad volver a entender que lo que me hace y me determina es la relación con Jesús. El punto clave y central para mí es justamente hacer este trabajo, es decir, volver a Él, porque tengo necesidad de todo. Cuando vuelvo y le pido de verdad ser feliz y hacer cosas grandes con esta nada que yo soy – porque es verdad que soy limitada y es verdad que soy inadecuada, pero me doy cuenta de que he empezado a descansar en mi inadecuación–, vuelvo a estar presente ante mí misma, vuelvo a estar presente y apasionarme porque me doy cuenta de que soy querida. Y los desastres que suceden, las peleas, las cosas que no entiendo, son la apuesta para verificar que Él lo vence todo. Me asombra que esta posición humana, esta decisión, no es una decisión que uno tome cada día, sino que es un trabajo que tiene que hacer en cada instante, siempre. No existe un solo instante en que no tenga una necesidad completa de Él.

Si uno no percibe esta novedad que Cristo introduce en la vida no encontrará una razón adecuada para ser cristiano. Porque es en esa novedad donde se ve la conveniencia humana de la fe. Porque, como tú dices, uno puede ser esclavo de sus propias imágenes, como si tuviese que adecuarse a ellas. En cambio, cuando uno es liberado de esta esclavitud, ¿qué es lo que se le devuelve? La pobreza. Por fin es libre de sus propias imágenes, por fin es libre, porque es pobre. Y esto te da una mirada nueva sobre ti misma. No es algo sentimental. ¿Y en qué se ve? En que descubres cada vez más «de forma inesperada quién soy yo». En tu intervención te has saltado una frase que me habías escrito: «Las cosas empiezan a hablarme de nuevo», es decir las cosas habituales nos hablan. Y entonces: «Vuelvo a estar presente ante mí misma». Intentad generar todo esto sin el acontecimiento y empezaráis a ver que humanamente no es posible. Por eso cuando sucede nos llena de asombro. Y esto hace que nos resulte más fácil decir: «Tú», porque se lo decimos a alguien que está presente.

Estos rasgos inconfundibles que se muestran en la forma nueva de vivir la realidad constituyen la novedad cultural.

Me ha impresionado una frase de la Jornada de apertura de curso, en el punto cuatro, donde tú dices: «La actitud que testimonia Cristo expresa toda la novedad cultural que Él ha traído al mundo. Para comprenderla es necesario reconocer lo que estaba sucediendo en lo más íntimo de Jesús» (p. IX). Te pregunto: ¿qué estaba sucediendo en lo más íntimo de Jesús? ¿A qué te refieres? Esta pregunta no es fruto de una curiosidad «espiritual» o intimista, sino del deseo y de la necesidad de entrar, de conocer cada vez más este Misterio que hace todo.

¿Y por qué te ha surgido esta pregunta?

Porque la Jornada de apertura de curso y la última Escuela de comunidad han sido para mí el suceder de Su presencia. Tú, Davide y algunas otras intervenciones habéis vehiculado Su presencia porque habéis testimoniado lo que os estaba sucediendo a vosotros. Lo que resulta de todo esto es que el cristianismo, tal como fue concebido, vivido y transmitido por don Giussani, es sencillo, en absoluto complicado, basta con acogerlo y reconocerlo para respirar. «El acontecimiento» no es el viejo o nuevo eslogan de CL y no es tampoco objeto de un razonamiento o del desarrollo de mi pensamiento. Jesús entra en la vida de improviso, de golpe, y esto genera en mí una sorpresa, genera mi sí a Él, vence mi distracción cotidiana, hace saltar mi corazón. El corazón: considero que la comparación y la verificación de cada instante con el corazón es el punto radicalmente necesario para reconocerle a Él. No se necesita otra cosa. Con frecuencia nos dices que es nuestro mejor aliado. Gracias por habernos invitado hace años a este trabajo sobre el corazón –tú afirmaste que el corazón es infalible, somos nosotros los que ya no somos capaces de leerlo–, un trabajo que no termina nunca. Lo que sucedió en la Jornada de apertura de curso acrecienta en mí cada vez más radicalmente la urgencia de Él y el agradecimiento por este lugar. Esta urgencia no se apaga sino que aumenta. Cada circunstancia, relación, provoca esta urgencia. La pregunta sobre el punto relativo a lo íntimo de Jesús surge de esta necesidad absoluta.

¿Por qué he hablado de ello en la Jornada de apertura de curso? Justamente por lo que decía la persona que ha intervenido antes, porque la frase de Jesús: «Perdónalos porque no saben lo que hacen» no sería posible humanamente hablando, igual que sería impensable el episodio que cito siempre del preso; una reacción como la suya (frente a un registro injusto) no es humanamente posible, basta con pensar en cómo reaccionamos habitualmente ante cualquier tipo de ofensa o cuando nos sentimos tratados injustamente: por defecto, machacamos a quien ha cometido la injusticia, después reflexionamos sobre ello. Pero cuando nos sorprendemos afrontando de forma distinta las cosas que nos hieren (y en general las circunstancias), esto nos empuja a preguntar: «pero ¿qué está sucediendo? ¿Qué está sucediendo en lo más íntimo de mi persona para que surja en mí una actitud tan nueva con respecto a mi reacción habitual?». Esta es la novedad cultural. Para poder decir: «Perdónalos...» a quien le está crucificando, para poder mirar a las personas de modo tan distinto a como las miramos nosotros, ¿qué relación tiene que vivir Jesús con el Padre? No es que Jesús no supiese que lo que estaban haciendo era un completo error, sino que Jesús no establece separación entre la objetividad del error y las personas, no emite un juicio ahistórico. El preso hizo lo mismo: «Si estos guardias no han tenido la posibilidad de encontrar una mirada como la que yo he encontrado, ¿cómo podrían actuar de otro modo?». «No saben lo que hacen», dice Jesús. Para poder mirar así es necesario que suceda algo distinto. La de Jesús no es solo una frase piadosa que repetir: «Sin mí no podéis hacer

nada». ¡Sin Él no podemos hacer nada realmente! Y entonces, cuando nos damos cuenta de que la alternativa es la nada, empezamos a vislumbrar la punta del iceberg de otra cosa distinta, empezamos a adivinar qué hay en la intimidad de ese preso, Quién está actuando en él hasta el punto de hacer surgir una forma de presencia cultural en la realidad absolutamente distinta.

Quería pedirte que me ayudaras a comprender qué significa hacer silencio.

¿Por qué te preguntas acerca del silencio?

Porque en la Jornada de apertura de curso tú dijiste que era uno de los instrumentos para la educación y la vida del movimiento, y que sin el silencio no existe posibilidad de que Él penetre en nuestra vida. Como decía la intervención anterior, yo también deseo esta intimidad. Estoy en el movimiento desde hace pocos años, aunque me encontré con él hace muchos años, y nunca antes había intentado hacer silencio. Cuando volví a leer esto, una mañana quise buscar un momento para hacer silencio en medio de las cosas habituales: las prisas, el trabajo, los hijos, los quehaceres; a veces lo intentaba hacer antes de dormirme, pero el sueño me vencía...

¡Prevalece!

Entonces, no hacía silencio porque me dormía.

«El Señor lo da a sus amigos mientras duermen», dice el salmo 127.

Esa mañana, mientras iba a trabajar, decidí intentar hacer silencio, tengo casi una hora de camino después de dejar a los niños en el colegio. Entonces decidí no encender la radio ni rezar el rosario; lo primero que me vino a la cabeza cuando me dispuse a hacer esto fue el salmo que dice: «Medito todos tus prodigios». Pero en realidad no sucedió así, porque la mente empezó a vagar por muchas cosas, las que tenía que hacer, las que había hecho, y no había silencio. Pero en un momento dado, de forma inesperada, entró un pensamiento sobre una amiga que deseo que conozca a los amigos que yo tengo, y entonces pedí por ella, pero el resto del tiempo me perdí en mis pequeñeces. Por eso quería preguntarte qué quiere decir hacer silencio y cómo se puede aprender.

Yo relanzo la pregunta: ¿qué quiere decir hacer silencio?

Yo nunca he intentado hacer silencio, pero cuento dos hechos que...

Esto es lo bonito, ¡que uno no lo programa! Así se puede ver cómo surge.

Este verano invitamos a un importante político a las vacaciones del CLU para que dialogara abiertamente con nosotros. Durante el diálogo entre él y yo vi delante de más de cuatrocientos chavales a un hombre importantísimo, de más de sesenta años, con una historia completamente distinta de la nuestra, que estaba interesado por comprender el objetivo de la vida, que tenía interés por comprender qué hacíamos en este mundo. Esto nos unía a él y a mí en ese momento. Sucedió todo allí, en ese instante: una mano que nos lo da ahora. Vi suceder a Cristo cuando me di cuenta de que ambos estábamos cambiando de actitud durante el encuentro. En un momento dado, al mirarle, vi que se había conmovido mientras nos daba las gracias por una compañía en donde se pueden poner sobre la mesa preguntas tan profundas, un hecho que él no había visto suceder en muchos años, ni en público ni en privado. Para mí era verdaderamente como si estuviese sucediendo por primera vez. En aquel momento me conmoví yo también, en directo; conmovido, en el sentido de que me vi movido por la presencia del Señor. Y ambos nos dijimos: «No salimos por esa puerta igual que hemos entrado, somos distintos». Está si cambia. Después del encuentro me sucedió algo que nunca me habría esperado. Habitualmente, después de los encuentros suelo tomar alguna cerveza con los amigos para comentar lo que se ha dicho. Pero esa vez no pude,

¡os juro que no podía! Nadie me dijo lo que tenía que hacer, pero os juro que estaba tan lleno que tenía que hacer silencio –como los apóstoles, que se dejan sin despedirse porque están llenos del encuentro que acaban de tener–, porque mi corazón estaba lleno por lo que había sucedido (no por lo que se había dicho). No había que añadir nada a lo que ya había. Todo estaba ahí. Este fue el primer signo de cambio que percibí. Un acontecimiento te llena de silencio y sucede cuando menos te lo esperas, como –segundo hecho– me sucedió hace tiempo. Era un día de sol precioso. Las motos son mi pasión, y un día me tomé todo el día para ir con la moto por ahí. Era el clásico día en el que nadie te molesta, o bien el clásico día en el que no piensas en nada. Me divertía, tumbaba la moto en las curvas y estaba muy contento. Pero durante la vuelta me sucedió algo que, también aquí, me sorprendió verdaderamente. Tuve que pararme. Tuve que pararme y mirar para tener un momento con Él, para retomar la conciencia de Aquel que hace y cumple todo en mi vida, para darme cuenta de que ni siquiera ese día podía colmarme. Por eso necesito el silencio, necesito pararme un momento para dejar que esa tierna Presencia penetre en mi persona, porque cada vez me doy más cuenta de que no basta que las cosas, es decir, los hechos, sean bonitos y me impacten, sino que tienen que entrar en mí, pues en caso contrario se quedan como algo externo, como un recuerdo del pasado. Solo si dejo espacio a la presencia de Cristo se convierten en experiencia y me cambian. Este detenerse un momento a mirar, es decir, el silencio, es lo que más me está ayudando porque, como he contado antes, llega a enternecerme el corazón hasta el punto de dejar que Su presencia defina incluso esos días en los que podría decir para mis adentros que puedo prescindir de todo.

Esta es la densidad que puede empezar a tener la vida cotidiana por el asombro ante lo que sucede. Porque, como se decía antes, meditar Sus prodigios es secundar los prodigios que Él realiza ahora. Y uno puede hacerlo porque se encuentra frente a algo nunca visto; por primera vez uno se ve tan aferrado que su vida se llena de silencio. Me llena de asombro tu intervención porque testimonia que todo nace unido, empezando por el asombro de ver cómo sucede Él, que resulta evidente porque sería humanamente imposible. Entonces lo que sucede –dices tú– no puede ser más que Él en acción. Está si cambia. Y esta conciencia de Él en acción nos introduce en el silencio. Por eso no podías hacer otra cosa que perderte la cerveza para hacer silencio. Lo mismo te ha sucedido en el día más impresionante con la moto. Recuerdo siempre el episodio de don Giussani en una fiesta estupenda cuando, en un momento dado, advierte una «exasperada tensión [...] por gritar tu nombre, Cristo» (*El atractivo de Jesucristo, Encuentro, Madrid 2000, p. 171*), y no como algo que uno añade después, sino como algo que surge del acontecimiento presente. Porque el silencio cristiano no es «no hablar», sino que es un silencio lleno. La mayoría de las personas no soporta el silencio porque significa encontrarse solos con el propio ruido interior, con los propios malestares, con las propias heridas. Por eso prefieren la música o la televisión para no estar solos consigo mismos. Uno puede estar consigo mismo únicamente si una Presencia determina la vida, si está lleno de un encuentro. Es impresionante que esto empiece a convertirse en experiencia, como nos cuenta este amigo universitario: «Este año vino por primera vez a los Ejercicios del CLU un amigo que no es del movimiento. Me había impresionado que hubiese decidido venir a los Ejercicios porque para él es un periodo de grandes preguntas, y había percibido en esta ocasión no tanto la posibilidad de respuesta a todas sus preguntas, sino una oportunidad para seguir mirándolas y poniéndolas sobre la mesa, con la convicción de que vivir con todas estas preguntas “no resueltas” es más bonito porque te hace siempre estar en búsqueda. La primera noche después de la Introducción, en el hotel, con curiosidad por saber cómo había ido y qué impresiones se había llevado, le pregunté: “¿Qué te ha parecido esta noche?”. Me

respondió: “Estoy contentísimo. Dame las llaves de la habitación porque me voy a dormir. Quiero irme a dormir con este contento y no quiero estropearlo”. Y luego me escribió para explicarse mejor: “Estaba contento porque estaba ahí con la conciencia de que en ese instante era el único lugar en el que quería estar, con la persona que me había mirado y que me había hecho ver cómo se puede vivir de forma verdadera y plena. Y por eso al final del encuentro estaba tan lleno de alegría que sentía que cualquier palabra habría ‘corrompido’ la sacralidad del momento”. Me impresionaba que le bastasen solo dos horas para tener esa experiencia del silencio que nos proponemos y que yo –y es el sexto año que participo en los Ejercicios– nunca he vivido así». ¡Se nos vuelve a dar gracias al último en llegar!

Hace algún tiempo quedé a cenar con una muy querida amiga mía porque quería invitarla a mi grupo de Fraternidad, con el que estoy desde hace un año y medio aproximadamente. Había pensado en ella porque la aprecio de verdad y porque pensaba que ese lugar, que para mí es tan útil, podía ayudarla en algunas dificultades que me había contado hacía algún tiempo. Antes de empezar la conversación había pensado mucho en lo que le diría, me había preparado para responder a cada objeción y había reflexionado muy bien sobre lo que respondería a esta cuestión o aquella. Luego cuando le dije sencillamente que me encantaría que empezase el grupo de Fraternidad con nosotros, porque nos importa y porque es un lugar que para mí es privilegiado, ella se quedó en silencio. Cuando terminé de hablar me respondió conmovida: «Justamente en estos días estoy pensando que necesito un punto [un lugar], porque sola me pierdo completamente en mis pensamientos y en el caos de la vida cotidiana. Te digo que sí porque necesito lo que me propones, lo necesito de verdad. Me siento como si me estuviese ahogando y como si alguien me estuviese sacando tirándome de los pelos. Te lo digo sinceramente: desde hace tiempo ya no voy a la Escuela de comunidad, ya no sigo nada y estoy sola, pero necesito realmente lo que me dices». Yo me quedé paralizada porque me di cuenta de cuán verdad es lo que decías en el punto cuatro de la Jornada de apertura de curso, me vi en primera persona teniendo una cierta impresión de las cosas, que luego se traduce en un discurso, en un prejuicio. De hecho creía que sabía lo que me respondería y estaba preparada para rebatirlo. Pero luego, cuando sucede la respuesta a la necesidad verdadera que uno tiene, es distinto, porque quita de en medio todos los discursos. Y esto me ha resultado muy evidente.

Es lo que decíamos en la Jornada de apertura de curso: si no se nos vuelve a dar esta mirada –como hemos visto esta noche–, no salimos de nuestras impresiones y de nuestras imágenes. Pero basta con que vuelva a suceder para que la persona reconozca que necesita un punto para no perderse en sus propios pensamientos o en su propio caos. Es una necesidad real, palpable, tangible. A veces uno puede no darse cuenta inmediatamente, pero cuando le suceden las cosas de la vida, entonces lo comprende. Me escribe una persona que ha recibido un «palo» en el trabajo porque no le han asignado el puesto que le habían prometido, y lo hace sorprendida: «Después de los primeros momentos de confusión, contrariamente a lo que me habría esperado, no me he visto superado por la rabia o por la desilusión, sino que me he sorprendido preguntando a dónde me estaba llevando el Misterio [se pone en marcha una curiosidad: «a dónde me estaba llevando el Misterio», porque ya no podemos mirar la realidad como algo separado del Misterio] y qué planes tenía reservados para mí. Me he dado cuenta de que, aunque este hecho era para mí de todo menos deseable, podía estar en pie frente a lo que me sucedía con una posición nueva, de confianza en la realidad en cuanto algo dado por el Misterio. Me he descubierto libre de la inquietud por la

productividad y de la exigencia de estar definido por un rol profesional. Hasta ese momento nunca había tenido una conciencia tan clara de lo que estaba produciendo en mí el trabajo regular de los últimos años de la Escuela de comunidad [parece algo banal, pero esto está generando un sujeto, una persona que descubre en sí un yo nuevo a través de lo que está sucediendo]. La certeza de que lo que me acababa de pasar era para mí bien me daba una alegría que me llevé a casa aquella misma noche, a mi familia, hasta el punto de que mi mujer me preguntó si me había sucedido algo bonito [le acababan de dar un palo monumental, pero no estaba definido por su impresión, sino por la certeza que había entrado en su vida]. En los días posteriores, a pesar de que todavía tenía abierta la herida, se impuso la alegría de volver al trabajo para afrontar el desafío de lo cotidiano como una nueva ocasión de verificación de mi fe». Esta es la promesa, no en abstracto, no solo en la vida eterna, sino desde ya, ahora, en las circunstancias cotidianas que vivimos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 20 de diciembre a las 21 horas. En este mes queremos seguir trabajando el texto de la Jornada de apertura de curso con una particularidad: no retomaremos el texto sin más, sino que trataremos de verificar el vínculo entre su contenido y los gestos de caridad que propusimos la última vez.

En primer lugar, la Recogida de alimentos del próximo sábado, 25 de noviembre, que el Papa ha recordado en la Audiencia general de esta mañana: «Os deseo todos los bienes para la Recogida de alimentos que tendrá lugar el próximo sábado en tenaz continuidad con la Jornada Mundial de los Pobres que celebramos el domingo pasado» (22 noviembre 2017).

En segundo lugar, la iniciativa de las Tiendas AVSI (Campaña Manos a la obra, *ndt*). La invitación es justamente a no perderse el comienzo viviendo estos gestos. Al comienzo no fue así. Al comienzo se construía sobre la presencia de Cristo; no es que no se construyese, pero se construía solo sobre aquello. Si nosotros no recuperamos esta mirada en la forma de hacer los gestos terminaremos haciéndolos desconectados del origen. Podremos experimentar una novedad a la hora de vivirlos justamente a la luz de cuanto hemos visto en la Jornada de apertura de curso, cuando decía que las dimensiones de la experiencia cristiana (cultura, caridad y misión) brotan precisamente del origen que es la fe; no están separadas, sino unidas por el origen, son la expresión del origen. Os invito a esto precisamente: a vivir estos gestos como expresión del origen. Tengo curiosidad por escuchar de vosotros en la próxima Escuela de comunidad cómo habéis vivido el nexo entre el contenido de la Jornada de apertura y los gestos de la Recogida de alimentos y de las Tiendas AVSI, y cómo habéis respondido a la necesidad que habéis encontrado, para el bien de todos.

Desde este punto de vista, leo lo que cuentan los amigos de Rumanía: «Acabo de volver de la Escuela de comunidad de Bucarest [...] corriendo, con el deseo de escribirte y de contarte enseguida qué es lo que ha supuesto [para nosotros y] para mí la Jornada de apertura de curso junto a la provocación sobre la Jornada de los pobres. O mejor, qué ha hecho nacer en mí y en la realidad rumana en la que vivo el mensaje del papa Francisco y cómo la Jornada de apertura ha sido un momento iluminador en cuanto al método y el juicio. Cuando he leído el mensaje del Papa me he sobresaltado. Habla de la pobreza de forma concretísima, “sin retórica”, habla de los primeros cristianos, de cómo compartían, de la “vocación de la pobreza” y de estar junto al pobre, del Padre Nuestro... Y luego la exhortación final en la que nos invita a todos (laicos consagrados, movimientos, asociaciones) para que se instaure una “tradición”. [...] [Después de haber invitado a todas las asociaciones y al obispo, dice que ha sucedido algo

interesante] En un momento dado me sentía un poco cansada, porque por un lado la iniciativa estaba cobrando una dimensión inesperada [por todas estas invitaciones], mientras que por el otro empezaba a resultar difícil de gestionar. [...] Pues bien [¿veis lo real que es el riesgo de separar algo de su origen?] frente a algo tan bello y grande empezó a insinuarse una cierta pretensión y queja. De este modo llegué a la Jornada de apertura un poco cansada y preocupada. En cambio... ¡Qué asombro! Ese “de golpe” y ese “al comienzo no fue así” volvían a mi mente una y otra vez. ¿Qué quiere decir para mí? “Al principio” ¿vale sólo para el primer encuentro o ese inicio está siempre cuando sucede algo “de golpe”? Entonces me pregunté qué es lo que me había impresionado del mensaje del Papa. Me di cuenta de que no me acordaba muy bien... Es decir, el “hacer” estaba sustituyendo al asombro inicial. Así, sencillamente, no hice algo deslumbrante, únicamente seguí el método: me acordé del texto, abandonado en un cajón, y volví a leerlo. Me sorprendí de nuevo, me sobresalté de nuevo. Qué maravilla: todo lo contrario a la queja. Gracias [...] por haberme dicho simplemente: “Acuérdate, haz memoria”», para que los gestos que hacemos no se separen del origen. Este es el trabajo al que somos invitados con vistas a la próxima Escuela de comunidad.

Cartel de Navidad. Este año hemos elegido una imagen fotográfica. Es la foto de un campo de refugiados realizada en octubre de 2017 por el fotógrafo Kevin Frayer, de Getty Images News.

El texto es el siguiente: «Una “historia particular [como hemos visto esta noche, una historia particular, un lugar] es la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el mundo. Nosotros tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo, en esa Presencia que, por muy distraídos y desmemoriados que estemos, ya no conseguimos eliminar de la tierra de nuestro corazón –por lo menos no completamente– gracias a la tradición mediante la cual ha llegado Él hasta nosotros”».

Como ya sabéis, se trata de un pasaje de don Giussani relativo al «sí» de Pedro. Hemos elegido esta frase de don Giussani porque la Navidad es en esencia «la» historia particular –y esta noche hemos visto cómo continúa: como algo real, que sucede, que sigue sucediendo en el presente–, el hecho que es la salvación para todos. Dios ha elegido este método a través del cual transmite la verdad universal, que no se afirma por una discusión en abstracto sobre la verdad, sino a través de una historia particular, de algo presente, para que nuestros hermanos los hombres se ven tocados por Su presencia que pasa través de nosotros y que es capaz de atraer a todos, incluso a quienes proceden de culturas distintas. Esta noche lo hemos visto testimoniado: desde la hija que se lo transmite a su madre, desde la directora que se lo transmite a la profesora, hasta uno que se lo transmite a un amigo. El acontecimiento solo se transmite sucediendo.

Veni Sancte Spiritus